

Hablando con el canciller del consulado español en Sanghay

Un amigo nos espera a almorzar en el Hotel México. En la entrada vemos seis u ocho de esos grandes baúles, cajas que emplean para el equipaje los viajeros de las grandes líneas trasatlánticas. Costumbre de la curiosidad profesional nos lleva a mirarlas. En la etiqueta de todas ellas se lee: «Vizent Vizenovitch». En la administración del hotel nos informan de que este nombre extraño, con estructura de nombre eslavo, corresponde al señor canciller secretario intérprete del consulado español en Sanghay, que acaba de desembarcar del trasatlántico francés «Bour».

El nombre de Sanghay ha tenido bien recientemente una resonancia trágica. En las planas de las grandes revistas europeas hemos visto fotografías crueles, que difícilmente se borrarán de la retina. Chinos rebeldes llevados al lugar de la ejecución en los ligeros riska, de los que tira otro chinío al servicio del Gobierno y de Europa. Sobre la cabeza del reo un largo bambú sostiene una tira de papel en que están enumerados con caracteres chinos colocados unos bajo otros, los crímenes que sobre él pesan. El chino, a quien quedan unos pocos minutos de vida, sonríe como si fuera a una fiesta y el relato de sus crímenes flota en el aire como un gallardete. Los ligeros cochecillos van uno tras otro, llevando cada uno un condenado, y a no ser por el pie de la fotografía, creeríamos estar viendo el desfile de una alegre mascarada.

En otras fotos la crueldad de la escena no deja lugar a dudas: Los reos forman una larga fila de hombres arrodillados a quienes otro, un «servidor de la justicia», sujeta fuertemente las manos a la espalda, mientras apoyando en ésta una rodilla, les obliga a inclinar el cuerpo en una reverencia trágica. Otro verdugo, con un enorme sable curvo, corta de un solo tajo el cuello que así se le ofrece. Algunas cabezas han rodado ya por el suelo. Las que aún permanecen pegadas al tronco sonríen, con la sonrisa eterna, enigmática de hombres acostumbrados a someterse a la Fatalidad. Por el suelo unas toscas jaulas hechas con listones de madera, están preparadas para guardar en ellas los despojos sangrientos y pasearlos por toda la ciudad en las delanteras de los tranvías, o colgarlas en los sitios públicos, hasta que el sol las momifique.

La ejecución tiene por escenario, por plataforma de patíbulo una de las calles más populosas y céntricas de Sanghay y con ser tan terrible, impresión más aún que la bárbara muerte, la actitud de los testigos presenciales. La gente pasa indiferente por las aceras, volviendo cuando más la cabeza. Solo un pequeño grupo de curiosos tiene este espectáculo.

Ocho o diez hombres, unos muchachillos, una chicuela con una cesta al brazo se han detenido; en suma mucho menos público que tendrían en España unas obreros asfaltando una calle. Ni una crispación de horror en testigos, ejecutores ni reos.

En estas fotografías estamos pensando mientras un botones del hotel presenta nuestra tarjeta al señor canciller. Y el señor canciller, muy diplomático, muy amable, sale al recibidor, dejando la comida por no hacernos esperar. Bajo las gafas de concha que cabalgan en su nariz brillan los dientes blanquísimos en una sonrisa cordial.

—Un gran honor recibir a ustedes. Ustedes me mandan.

Charlamos.

El señor canciller está en uso de licencia, la segunda que disfruta en los treinta y cinco años que lleva al servicio de nuestro Consulado en Sanghay, viaja desde hace un año por América y ahora viene a Europa a ver España, visitará Madrid y emprenderá el viaje de regreso a Sanghay—su ciudad natal—por San Francisco.

Como hace tanto tiempo que falta de Sanghay, el señor canciller no puede darnos noticias de los sucesos y parece lamentarse de no haberlos presenciado, para poder contarnos algo interesante al ver el gesto de decepción que involuntariamente se pinta en nuestra cara. Cuando él salió hace un año había en Sanghay treinta y ocho españoles, comprendiendo en este número los

misioneros que forman la casi totalidad de la colonia hispana. Había también doscientos filipinos que siguen considerándose españoles y tienen en ello su mayor orgullo.

Y nada más sabe decirnos. Nos lo dice muy consternado por no poder sernos útil. Pero de pronto su rostro simpático y abierto tiene una sonrisa. Ha encontrado el medio de servirnos. Nos escribirá en cuanto llegue a Sanghay.

Una linda y exótica muñequita sale por el «hall» a curiosar. Es una de las hijas del señor canciller, una belleza de su raza, que sin duda ha sido enviada por el resto de la familia como enviada diplomática a saber las causas del retraso del jefe.

El señor Vizenovitch la llama y nos la presenta. La jovencita con una arcaica reverencia de los buenos tiempos de la etiqueta nos saluda amablemente en un inglés puro, con un dulce ceceo que da una suavidad insospechada a la lengua de Albión.

Y nos despedimos con unas reverencias muy siglo XVIII para ponernos a tono con la exquisita y algo complicada cortesía china.

A. E.